**Lunes XXV del TO
Ciclo C**

****19 de septiembre de 2022
Prov 3, 27-34
Sal 14
Lc 8,16-18
*P. Eduardo Suanzes, msps*

A primera vista, da la impresión que las tres máximas de Jesús del Evangelio de hoy son perfectamente obvias. Pero, de hecho, hay que entenderlas dentro del contexto global en el que se encuentran, es decir, en su relación con la actividad de Jesús, que consiste en la predicación de la palabra de Dios en su proclamación de la buena noticia del Reino.

En el pasaje precedente a este, Jesús, a petición de sus discípulos ha procedido a la explicación de la parábola del sembrador y de la semilla que cae en cuatro tierras distintas. Ahora, Lucas establece una contraposición entre los que escuchan la palabra «*con alegría*» (en la parábola, la semilla que cae entre piedras y tierra sin fondo) y los que «*la conservan en un corazón noble y generoso*» y producen fruto «*con su perseverancia*» (en la parábola, la cuarta tierra que da fruto). Ahora, dice expresamente: «*Atención a cómo escuchan*», en clara alusión a las diversas modalidades expuestas en la interpretación de la parábola de la semilla.

Mediante la explicación de aquella parábola anterior de la semilla que cae en cuatro tierras distintas se ha producido luz, ha brotado conocimiento, se ha hecho patente algo que estaba oculto. ¿Cómo han de servirse los discípulos de este conocimiento, de la palabra que les ha descubierto el misterio? Pues a la manera de un hombre que enciende una luz. No la cubre con una vasija o la pone debajo de la cama, sino que la pone sobre un candelero, bien alta, para que todos puedan verla. Quien ha recibido la palabra de Dios con su fuerza de iluminar, debe utilizarla en servicio de los demás. El iluminado debe a su vez iluminar. Lo oculto pugna por manifestarse, lo secreto quiere ser conocido. Sería antinatural que los discípulos escondieran y ocultaran lo que se les ha revelado y lo que ellos han conocido. Lo que han experimentado en el pequeño círculo de Jesús debe darse a conocer al gran público, no ha de tratarse como un secreto. La acción apostólica es una «ley natural» del discípulo de Cristo.

La función, pues, de estos tres dichos de Jesús consiste en subrayar la verdadera actitud con que se debe escuchar la palabra de Dios. Por una parte, como decimos, se afirma que nadie enciende una lámpara para ponerla en un lugar oculto, sino que la pone en un candelero para que su luz pueda difundirse. En relación estrecha con esto luego declara que todo secreto terminará por hacerse público y tarde o temprano llegará a manifestarse. De modo que la manifestación de los secretos y la finalidad por la que una lámpara debe colocarse sobre un candelero están íntimamente relacionadas. A renglón seguido viene la amonestación de Jesús sobre el modo de escuchar la palabra: «*Atención a cómo escuchan*». E inmediatamente después se enuncia la disponibilidad abierta con la que debe escucharse la palabra, una actitud de madurez que causará una progresiva maduración en el oyente. Es decir, a la madurez inicial de la escucha se le añadirá un nuevo impulso, una ulterior maduración: «*al que tiene se le dará más»*. De esta manera, la metáfora de encender un candil describe la conducta del verdadero discípulo de Cristo; su modo de escuchar la palabra tiene que ser tal, que produzca verdaderamente fruto. La lámpara no se enciende para que su luz permanezca oculta, sino para que ilumine a los que entran en el recinto.

La gracia que se concede a los discípulos, es decir, su iluminación para que conozcan los secretos del Reino, está destinada —ése es el plan de Dios— a una proclamación lo más amplia y pública posible («*para que los que entran puedan ver la luz»)*. Así, el cristiano maduro, precisamente porque conserva la palabra de Dios con una inconmovible perseverancia, se convierte en luz para «*los demás*».

Y es que la parábola de la semilla ha puesto de manifiesto cuánto importa la manera ***cómo se oye***. Los discípulos han de anunciar lo que han oído. Deben llegar a apropiárselo interiormente, debe ser como un capital con que trabajar. Por lo regular les sucederá como en la vida de un comerciante. Si tiene capital, lo aumentará, pues le dará posibilidad de multiplicar las operaciones y las ganancias. El que no tenga nada, no sólo no ganará nada, sino que aún lo poco que crea tener y que se le va gastando ya, acabará por perderlo.

El conocimiento de la revelación de Dios, que se nos confía, es como un capital con el que hay que trabajar, es un conocimiento que se debe enseñar, comunicar, sacar a la luz pública. Si se hace así, entonces ***Dios acrecienta el conocimiento, Dios acrecienta la experiencia de Él***. Si no se trabaja, desaparece incluso lo poco que se poseía en apariencia, no porque Dios se lo quite, sino porque el ser humano lo pierde. El conocimiento religioso que no se da a conocer, que no se vive y se proclama, es una posesión aparente, que va desapareciendo. Vivir el evangelio, propagarlo, hace más rica la experiencia de Dios. Dar equivale a adquirir más[[1]](#footnote-1).

Este concepto es de importancia capital en el Evangelio de Lucas, para quien la característica del cristiano es su función de «testigo» como luego desarrollará a lo largo del libro de los Hechos de los Apóstoles[[2]](#footnote-2).

Teresa de Liseiux lo comprendió bien; ella escribió: «Sobre todo, he aprendido que la verdadera caridad no ha de permanecer encerrada en el fondo del corazón, puesto que nadie enciende una antorcha para ponerla debajo del celemín, sino para ponerla sobre el candelero, a fin de que ilumine a todos los de la casa. Me parece que esta antorcha representa la caridad que ha de iluminar y alegrar no sólo a los que nos son más queridos, sino a todos los de la casa»[[3]](#footnote-3)

Ahora bien, como dice un poeta místico alemán del s. XVII si mi lámpara ha de arrojar luz por todos lados y a todos el mundo ¿qué pasa con el aceite de ella?[[4]](#footnote-4) ¿De qué se alimenta esa llama? Pues de la misma Palabra que se ha recibido, que eso es lo que no hacen «los que la reciben con alegría», pero todo se queda ahí y no siguen alimentándose de ella.

Jesús invita a escuchar, recibir la Palabra, a Él mismo en un corazón sensato, bueno y bien dispuesto, pero a seguir alimentándose de la misma Palabra para que la lámpara permanezca encendida por un aceite siempre presente.

1. Cfr. Alois Stöger. *El Evangelio según San Lucas*. I. ed. Herder. Barcelona, 1979 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Joseph A. Fitzmyer. *El Evangelio según Lucas. II*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1987 [↑](#footnote-ref-2)
3. Teresa de Lisieux. *Historia de un alma*, IX, 129 [↑](#footnote-ref-3)
4. Cfr. Angelus Silesius . *Rimas espirituales: gnómicas y epigramáticas que conducen a la divina contemplación* II,251 [↑](#footnote-ref-4)